

21. "SU OBRA EXTRAÑA"

"Porque Jehová se levantará como en el monte Perazim, como en el valle de Gabaón se enojará; para hacer su obra, su extraña obra, y para hacer su operación, su extraña operación." - Isa. 28:21

Ha sido el objetivo de este pequeño libro mostrar que todos los actos de Dios en su trato con la humanidad proceden del amor. Contra esta proposición se ha argüido que su ira vengativa destruyó el mundo antiguo mediante un diluvio, y que un poco más tarde esa misma ira borró por completo las hermosas ciudades de la llanura, dejando sólo las mareas apagadas del Mar Muerto para cantar su réquiem. También exterminó a las tribus cananeas, hombres, mujeres y niños, y dio sus tierras y sus hogares a otros.

Se cree que estas cosas, tal como están registradas en la Biblia, revelan el carácter del Jehová judío y del Dios cristiano como cualquier cosa menos amor. Podemos estar de acuerdo que hay algunas cosas aquí que no podemos entender, porque no conocemos todas las circunstancias relacionadas con ellas. Creo firmemente, sin embargo, que la aplicación a estos casos especiales

del principio ya explicado en estos capítulos los aliviará en gran parte de su dificultad.

Hemos visto lo que es el cierre del período de gracia, -- ese endurecimiento del corazón contra el poder de la verdad y la justicia, que es el resultado natural del pecado persistente. No hay límite para la misericordia y el amor de Dios; pero como la justicia en el alma individual es el resultado de la obra de Dios en y por medio de ella, cuando se somete a Él por su propia voluntad, el poder de Dios para salvar a los hombres del pecado a la justicia está limitado por su voluntad de someterse a él. Cuando esa voluntad o poder se pierde por rebelión continúa hasta que los hábitos de la mente se han fijado, entonces el caso es desesperado.

No ciertos individuos simplemente, sino el mundo entero, ha de llegar a este punto finalmente, y entonces la gracia del mundo habrá llegado a su fin. El mundo llegó a ese punto anteriormente. Toda imaginación del corazón era sólo maldad, e iniquidad continuamente. A través de sólo el mal, y el mal continuamente. A través del pecar continuo de generación en generación, el mundo se volvió tan perverso que los deseos más nobles fueron totalmente borrados o irremediabilmente bajo el control de las bajas pasiones. A través de las leyes de la herencia y el medio ambiente esta tendencia al pecado se transmitía al niño incluso antes de nacer, y era forzado por su entorno desde su primer momento de conciencia. Este había llegado tan lejos que incluso los niños estaban irremediabilmente esclavizados. Esta era también la condición de las ciudades de Sodoma y Gomorra, y de las tribus cananeas después de haber colmado la copa de su iniquidad. Hemos visto que el pecado es miseria. Miseria continua, sin esperanza. Esto es la única cosa que el Amor no puede permitir, pero la única alternativa en tales momentos es la destrucción. *Hemos visto que era el amor el que guardaba el camino del árbol de la vida, para que*

*los hombres no comieran y vivieran para siempre, pecadores inmortales; y hemos visto que será el Amor el que destruya al fin a los malvados.*³

Pero todas las razones que tiene el amor para la destrucción final de los malvados, también la tuvo para la destrucción del mundo antiguo y de las ciudades de la llanura, y para el exterminio de las tribus cananeas.

En efecto, todos ellos son tomados por la inspiración como imágenes de la futura destrucción, y se presentan como ejemplos para los que después vivan impíamente. De haber continuado su existencia no sólo habría sido continuar su propia miseria, sino continuar trayendo a la existencia a millones de niños con una herencia y un ambiente que harían de su pecado y su sufrimiento continuo una certeza desde el mismo principio.

La existencia de tales naciones o ciudades en el mundo es también una amenaza constante para la felicidad y la virtud de todos los demás. *Cuando un tumor canceroso en la mano, o la gangrena actúa persistentemente en el pie, puede parecer cruel amputar el miembro, pero en esos momentos el Amor tiene el cuchillo.* La diferencia entre el salvajismo asesino y el amor más heroico puede no ser una diferencia en el acto en sí, sino sólo una diferencia en la motivación en la que subyace al acto.

Siendo esto cierto, no es extraño que aquellos que persistentemente han malinterpretado el carácter de Dios en casi todo, le hayan atribuido motivos equivocados. Quien sabe, tanto por experiencia como por revelación, que Dios es amor, y que mantiene siempre ante sí el hecho de que el amor no se complace en la muerte y la destrucción, verá, incluso en estas la revelación del mismo Amor vigilante, omnímodo y heroicamente desinteresado que no retuvo a su propio y único Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

³ [Nota del editor: El anciano Fifield ha adelantado varios pensamientos hermosos con respecto al amor, misericordia y gracia de Dios en la Expiación y el fin del tiempo de gracia. Sus pensamientos en este libro todavía no se habían extendido a la muerte de los impíos y cómo ocurre esto.]

Dios no se complace en la muerte de los malvados; pero el que considera su propio placer como de primera importancia, no es amor, sino egoísmo. *El verdadero amor siempre considera el bienestar del objeto amado como de primera importancia, y tal amor obliga a menudo a su poseedor a hacer lo que le aflige hasta el corazón.* Así es como el verdadero padre se ve obligado a veces a castigar a su hijo. Así ha tratado nuestro Padre al mundo, y así nos trata a nosotros como individuos. Si no nos castiga, somos bastardos y no hijos.

Hay una historia de cuatro hombres ciegos que visitaron una casa de fieras, y como no podían ver, se les permitió tocar al elefante. Uno palpó su cola, otro su costado, el tercero su pata, y el cuarto su oreja. Después, discutieron entre ellos para ponerse de acuerdo sobre cómo era el elefante. El que palpó su costado dijo que era como un gran muro, mientras que el que le palpó la cola dijo: "¡Oh, no! una gran cuerda". Los otros no estaban de acuerdo con ambos, y tampoco entre sí, pues uno que palpó su pierna dijo que el elefante era como el tronco de un árbol, y aquel cuya mano había tocado la oreja del elefante, dijo que el animal era muy particular, más parecido a un gran abanico de cuero que a cualquier otra cosa que se le ocurriera.

Cegados por el pecado y limitados por nuestras pequeñas vidas al estrecho lapso de estos pocos años, y por nuestras débiles inteligencias a unos pocos de los muchos hechos que subyacen a sus designios, nos vemos obligados a tocar las poderosas providencias de Dios en ciertos puntos, y nuestras impresiones pueden ser variadas, y todas ellas equivocadas.

Podemos criticar y condenar como injustas sus obras, hasta que nuestros propios corazones se moldeen y endurezcan a imagen de todo el mal que le atribuimos. Mucho mejor es que la fe capte y sostenga la gran verdad de que Dios es amor, y entonces, en lugar de juzgar y condenar a Dios porque ahora no podemos ver la perfecta simetría de la idea del Amor, esperaremos al futuro, cuando conoceremos como somos conocidos. Sí, esperar en la fe

perfecta, que cuando el conjunto del gran plan de Dios sea visto, se manifestará el amor que impregnó cada parte.

Y, esperando así, la fe barre el horizonte de nuestras vidas, hasta que nosotros también habitemos la eternidad con Él, nuestra ciudadanía más allá, nuestra vida, la vida eterna que él ha dado; y entonces, razonando sobre la más oscura de sus providencias, ya sea en la historia del mundo o en nuestras propias vidas, y razonando desde la confianza en su amor seremos sorprendidos por la luz del sol de su presencia viva que iluminará nuestra vida y glorificará muchos rincones oscuros de nuestro corazón, de los que, hasta ahora, nuestra incredulidad lo ha excluido.